

# *Programar en la era de la inteligencia artificial*

DAVID ZÚÑIGA,

Docente del área Informática, Telecomunicaciones y Ciberseguridad de INACAP Sede Curicó.

La inteligencia artificial (IA) ya no es una promesa lejana. Ha dejado de ser el “algún día” mencionado en clases y conferencias para convertirse en una herramienta cotidiana en la programación. Facilita tareas, acelera procesos y resuelve problemas con una eficiencia sorprendente. Sin embargo, surge una reflexión importante: ¿cómo afecta esto al proceso de pensamiento?

Programar siempre ha sido más que simplemente hacer que algo funcione, implica ordenar ideas, identificar errores, retroceder y, sobre todo, aprender a tolerar la incertidumbre. Resolver un problema de lógica o mejorar un algoritmo no es solo encontrar una solución, sino entender el “por qué” detrás de esa respuesta. Cuando la IA puede ofrecer soluciones casi instantáneas, existe el riesgo de saltarse este proceso reflexivo, lo que compromete el aprendizaje profundo que proviene de la experimentación y el error.

No se trata de rechazar la herramienta, sino de reconocer su verdadero valor. La IA es un aliado potente, especialmente en tareas repetitivas, ya que libera tiempo para concentrarse en problemas más complejos y creativos: diseño, seguridad y el impacto de las soluciones tecnológicas en las personas. Al eliminar tareas automáticas, la IA permite que los desarrolladores se enfoquen en aspectos que van más allá del código, pero que son fundamentales para el éxito de cualquier proyecto. Para los estudiantes y futuros programa-

dores, la IA puede ser útil para evitar bloqueos y mantener la motivación cuando surgen dificultades técnicas. No obstante, el desafío radica en evitar que la IA reemplace el proceso de aprendizaje. Al “copiar y pegar” soluciones sin comprender su funcionamiento, se corre el riesgo de debilitar el desarrollo de habilidades críticas.

Es esencial recordar que la inteligencia artificial, por avanzada que sea, carece de la capacidad de comprender contextos humanos, vivir realidades sociales o asumir responsabilidades éticas. No tiene conciencia de cómo una decisión técnica puede impactar en una persona concreta, ese juicio sigue siendo una tarea humana. En este sentido, el rol de los ingenieros y docentes es más importante que nunca: deben guiar a las futuras generaciones en la formulación de preguntas críticas y en la toma de decisiones que no solo resuelvan problemas técnicos, sino que también consideren las implicaciones éticas y sociales de sus soluciones.

En este nuevo paradigma, el valor de la programación no radica solo en la cantidad de código generado, sino en la capacidad de hacer las preguntas correctas. Mientras la inteligencia artificial se encarga de la automatización, la tarea humana es centrarse en lo esencial: reflexionar, cuestionar y diseñar soluciones que sean tanto técnicas como humanas.